



Comisión 6

Índice

1. La luz al final del túnel. Gustavo Asamé
2. El día que llegó un extraterrestre a la Tierra. Milagros Belén Ayala
3. Suceso inesperado. Camila Bustamante
4. El viaje de mi vida. Victoria Crucci
5. El desfile. Lisandro Cruciani
6. Perdón tengo que irme. Alexis Dengler
7. Somos cómplices de nuestra locura. Sofía Fuentes
8. El género reflejado en la cotidianeidad. Agustina Galian Garbezza
9. La codicia mata. Emiliano García
10. Ataque. Facundo Gómez
11. ¡Si querés ir, estás invitado! Franco Isola
12. Sociedad machista. María Natalia Laurenza
13. Mi miedo. Juan Simón López Corona
14. Encerrados. Guillermo López
15. Relato salvaje. Federico Lorenzo Gravano
16. En el lecho de mi muerte. Jaime Luberriaga
17. La infancia te marca. Ezequiel Melía
18. Aprovechar el momento. Facundo Mercado
19. El viaje que no volvería a hacer. Juan Bautista Olivero
20. Irracionalmente común. Victoria Pascual
21. Por una perspectiva de género que cambie nuestras lógicas cotidianas. Santiago Pereira
22. Se va a caer. Antonella Ponzo
23. A la memoria del muerto. Juan Sebastián Rodríguez Izquierdo
24. La mirada. Erika Sánchez
25. Mi sueño hecho realidad. Agustina Secchi
26. ¿Hasta cuándo? Agustina Villarreal

La luz al final del túnel

Gustavo Asamé

Había escuchado historias, oído relatos y visto publicaciones acerca de una luz que veían las personas cuando estaban a punto de morir o se encontraban en un coma profundo. Nunca les presté atención, después de todo sólo eran relatos.

Nadie imaginaba lo que iba a pasar, se los conté a todos, pero no me creyeron, decían que estaba loco, que lo que veía era producto de mi imaginación; pero no, yo sabía que era verdad.

Fue en una noche cuando me la crucé, una joven pálida y con una vestimenta totalmente blanca. No sabía quién era, ni qué quería; lo único que pude notar es que me estaba señalando y yo, no entendí por qué.

—Tú lo harás —gritó a mis espaldas y desapareció.

Nunca pude olvidar esa noche, fue extraña. Ese sentimiento de terror creí que nunca más en mi vida lo iba a volver a padecer. Hasta que cierto día, en mi casa, lo volví a escuchar.

—Tú lo harás —gritaron otra vez.

—¿Yo haré qué? —le respondí, pero, al darme vuelta, ya no había nadie.

Esa maldita no sabía lo que quería, ni de dónde venía, pero sabía que necesitaba que haga algo por ella.

Pasaron meses sin volverla a ver, pensé que se había olvidado de mí. Fue un viernes, en una juntada con amigos, cuando volví a verla. Estaba ahí, en medio de todos ellos, riéndose de mí sin ninguna razón. Pero, al parecer, solo yo la veía.

Intenté convencerlos de que ella estaba allí, en medio de ellos, pero no me creyeron, se burlaron de mí, dijeron que estaba loco y que eran estúpidas mis palabras. Furioso, me dirigí hacia la cocina para poder escapar de las risas y burlas. Fue entonces cuando me volvió a hablar.

—¿Por qué estás enojado? —me preguntó.

—Nadie me cree, todos se burlan de mí, dicen que estoy loco.

—Tal vez no piensen lo mismo si pudieran verme, tú puedes hacer eso.

—¿Cómo lo hago? ¿Cómo es que dejarán de burlarse? ¿Cómo hago para que te vean?

—Es muy fácil, sólo tienes que...

Y fue ahí que lo entendí. Volví al cuarto e hice exactamente lo que ella me susurró. Tuvo toda la razón, iba a ser yo el que lo hiciera. Al final, ellos pudieron ver lo mismo que me enloqueció a mí.

—Y esa es mi historia doctor, ¿cree usted que puede liberarme?

—Muy buen relato señor, pero no le creerán. Debe explicar claramente por qué hizo eso, ¿por qué mató a sus amigos?

—Ella fue quien me lo dijo, la muerte misma me lo ordenó, no es como todos piensan. No viste de negro y mata. Es blanca y te enloquece para que hagas su trabajo. Es la luz al final del túnel.

—Y, ¿dónde se encuentra esa muerte ahora?—dijo riéndose.

Lo miré fijo, abrí los ojos sorprendido y le dije: “¡Atrás de usted!”.

El día que llegó un extraterrestre a la Tierra

Milagros Ayala

Nos quedamos todos inmóviles, nadie entendía qué pasaba. Los estudiantes de la Facultad corrían y gritaban aterrorizados.

Me encontraba en el segundo piso, estaba a punto de irme a mi casa cuando el enorme objeto cayó sobre la entrada de la facultad. Sentí como vibraron todas las paredes y el piso, algo así como un terremoto. Por la ventana se podía observar lo que parecía una nave

espacial. Nadie quería acercarse a averiguarlo.

Rápidamente salieron a la calle los vecinos de la zona y, en instantes, una multitud de patrulleros rodearon el predio de Periodismo. Era la primera vez que llegaban tan rápido. Nosotros seguíamos adentro observando todo desde la ventana.

La tensión, los nervios y el terror invadieron nuestros cuerpos. En los pasillos se hablaba de que podría tratarse de una invasión alienígena. Era imposible de creer, pero no se me ocurría de qué otra cosa podría tratarse semejante máquina o de dónde había descendido. Ninguna persona tenía el valor de asomarse, se temía que pudiese ser peligroso.

Al anochecer, nosotros seguíamos dentro del edificio, nadie podía entrar ni salir, no era posible ya que el extraño aparato ocupaba toda la entrada.

Alrededor de las once de la noche, una muchedumbre de bomberos, policías, vecinos, periodistas y hasta helicópteros, rodearon el perímetro. Los medios de comunicación competían para tener la mejor primicia.

En ese momento, se pudo oír un extraño sonido dentro del enorme objeto que había caído en el predio. Todos dieron un paso hacia atrás, los medios enfocaron sus cámaras al espacio donde sucedía todo y, simultáneamente, los policías apuntaron con sus armas. Lentamente se abrió lo que parecía ser una puerta y se pudo ver una extraña figura que se asomaba. Las personas comenzaron a expandirse por todos lados gritando despavoridas.

El extraño sujeto se manifestó, logrando que las multitudes puedan tomarle fotos y realizar videos que fueron rápidamente publicados en internet. La llegada de este sujeto, fue instantáneamente viralizada, siendo así un caso global. En todos los lugares del mundo se estaba presenciando este momento nunca antes visto en la historia de la humanidad.

Su aspecto no se parecía a nada que haya visto antes. Su cuerpo, si es que tenía, era deforme, similar a una babosa; le chorreaba un líquido amarillento y sus ojos eran como dos pelotas de fútbol color negro; no sé si tenía boca, no alcancé a encontrarla.

El supuesto extraterrestre, luego de observar todo el panorama, volvió a subirse a su nave espacial. Y sin que nadie pueda notarlo, ya que todos tuvimos que taparnos los ojos por un destello que nos encandiló, la nave desapareció instantáneamente.

Suceso inesperado

Camila Bustamante

En un día normal, como cualquier otro, en la ciudad de La Plata, más precisamente en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, estaba cursando el Taller de Escritura I. Me encontraba un poco distraída, mi mirada se perdía observando el verde predio que se puede ver justo desde la ventana.

De repente, los vidrios comenzaron a temblar, a tal punto de romperse con fragilidad; entraba un furioso torbellino de viento, afuera los árboles quedaban desnudos, se creaba una nube de polvo sin permitir visualizar lo que ocurría.

Demasiadas preguntas me pasaban por la mente ¿Estaba soñando? ¿Qué estaba pasando? ¿Volvería a casa? En ese instante, ocurrió lo más temido e inesperado, lo tan fascinante que alguna vez había leído en libros o películas de fantasía estadounidense: la llegada de los seres espaciales.

La nave tenía forma ovalada y era de color oscuro. Estaba suspendida en el aire, a pocos metros de rozar con la superficie terrestre. Mientras la observaba se abrieron las puertas del aula con tal brutalidad que quedamos paralizados, eran los directivos de la facultad, que nos pedían retirarnos del edificio con calma, aunque en esa situación no iba a ser así. Los alumnos se atropellaban, gritaban y corrían.

Nos ubicamos lejos del extraño objeto, más no le sacábamos la mirada de encima. Nadie se movía, a la expectativa de presenciar lo que pasaría. Tal vez observarían su forma, en qué idioma nos hablarían o si seríamos atacados.

No permanecemos mucho más tiempo allí. Expertos en estos casos llegaron al lugar y nos obligaron a que cada uno vuelva a su hogar hasta que todo sea seguro. Pasaban los días, los meses y no había forma de comunicarnos con nuestros visitantes. Aún están con nosotros, aunque sin tener información del porqué de su llegada; tal vez necesitan observarnos más de cerca ¿Quién sabe? Hay tantas preguntas sin respuestas. Pero nuestras vidas no volvieron a ser las mismas desde que están acá.

El viaje de mi vida

Victoria Crucci

Vivo en el Centro de Estudiantes de Carmen de Areco (CEUCA) y voy a la ciudad cada quince días. Aquella vez iba a ir el 14 de febrero, pero se complicó cuando me enteré que los choferes del colectivo que va directo, hacían paro. En ese momento no me sentí muy bien. Amo estar en La Plata, pero ya estaba extrañando un poco. Después de llorar un rato, agarré el celular y llamé a mi mamá. Ella me tranquilizó.

Me quedé en La Plata una semana más. Los días se me pasaron volando. Me divertí mucho con mis compañeros y compañeras de convivencia.

Llegó el 21 de febrero. Me levanté de muy buen humor. Sabía que faltaban pocas horas para viajar.

A las cinco y media de la tarde llegué a la terminal. Pasó media hora y vi que el colectivo se acercaba. Entregué mi pasaje, busqué el asiento que me tocaba, me senté, respiré profundamente y, cuando arrancó, sonreí.

En un momento vi que no tenía batería en el celular y quería llamar a mi mamá. Así que saqué la *netbook* de la mochila, conecté el cable USB y lo cargué. Después de hablar con “la Pety”, cerré los ojos. Cuando los abrí, sonreí nuevamente. Ya estábamos por Luján. Cada vez faltaba menos.

Corrí la cortina para mirar por la ventanilla, mientras escuchaba música con los auriculares, así pasó más rápido el tiempo. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba bajando del colectivo, corriendo para abrazar a mi mamá. Ese fue el viaje de mi vida. La espera no me desesperó.

El desfile

Lisandro Cruciani

Mejor que estar acá encerrado sería ir a la deriva, por el río donde pescaba con mi viejo o, simplemente, estar acostado mirando el repetitivo amanecer y ocaso; sentir el frío de la luna y el calor del sol, hasta terminar siendo simple abono para la tierra. Todo lo demás es mejor cuando uno se encuentra inmóvil, vestido como nunca quiso estarlo, adentro de un mueble con una cruz en la que nunca creyó, adornando este encierro o lo que acabe siendo, después que termine el desfile.

Pasan y pasan, con angustia y llanto que inundan sus ojos y cortan sus palabras. Primero pasó mi familia y, después, haciendo comentarios en voz baja, mis cercanos.

Los murmullos crecen y el número de personas también. Cada vez más lleno de inútiles que me saludaban por delante y, por atrás, me rebajaban, juzgaban y criticaban. Lo único que está haciendo llorar a todos ellos, es el hecho de pensar en su muerte; en que sus patéticas vidas van a terminar tarde o temprano.

El desfile continúa y mi sufrimiento también, espero con ansias descansar y que nadie moleste. No sé la hora, no sé qué día es, sólo escucho murmullos de que la fila sigue hasta afuera del local.

¿Justo en un local me tenían que despedir?..

¿Hay peor final, peor forma de despedir a alguien que ésta? Sólo puedo pensar que basta un saludo para un jefe excepcional que volvía loco a sus empleados, el llanto de mis viejos que nunca logré respetar o un esposo tierno y atento que... bueno, sólo voy a decir que no era la única mujer de mi vida. La verdad es que mientras más conocía a las personas, más quería estar con mi perro.

Perdón, tengo que irme

Alexis Dengler

Noche de otoño. Ella llevaba un saco, una bufanda y tacos. Yo bufanda y una campera negra. Íbamos al restaurante para cenar. Carla se detuvo y me dijo:

—Hoy debe ser un día especial para que me invites a cenar.

—Claro que sí, amor—contesté.

Terminamos de cenar y fuimos a la heladería. Ella pidió su gusto favorito: dulce de leche. También era mi gusto preferido.

Tenía una sorpresa para Carla, dejé en casa velas encendidas, pétalos de rosa y, sobre la mesa, los pasajes para nuestro viaje a Suecia.

Llegamos al departamento y vio lo que le había preparado, abrió la boca, no lo podía creer. Me dijo:

—Gracias amor, sabés que te amo mucho.

—Vos también sabés que te amo. Este viaje no te lo podés perder.

Acostados en la cama, pasamos un rato hablado. Ella estaba muy emocionada, tan alegre que hasta se le caían lágrimas.

Llegada la mañana, sentí uno de sus besos, de esos que te despiertan con emoción, pero no pude levantarme, ni siquiera abrí los ojos. Carla, mi gran amor, se levantó y fue a la cocina a preparar el desayuno.

Sentí una brisa helada en mi cuerpo, pero cada vez sentía menos. No podía salir de ese estado. Carla gritaba mi nombre pero yo no respondía.

Percibí dos dedos en mi garganta. No, no había pulso. Ella rompió en llanto. Yo quería abrir los ojos y abrazarla, pero lo único que logré fue sentir sus lágrimas caer sobre mis mejillas. Sus lágrimas reflejaban lo que pasaba. No había nada que hacer.

Llegado el día, no podía soportar estar boca arriba y tampoco saber que la mujer que tanto amaba estaba sufriendo.

Lo último que sentí fueron sus labios en mi frente. Luego, algo cayó sobre mí y todo se volvió más oscuro.

Somos cómplices de nuestra locura

Sofía Fuentes

Un pasillo largo y oscuro se encontraba frente a mis pies. Corría a toda velocidad, más de lo que mi cuerpo me brindaba. La transpiración que brotaba por mis poros se condensaba con el correr del ambiente húmedo y cerrado.

En el pasado, siempre había sido una mujer de aventuras, capaz de someterme a viajes en lo más profundo de la selva. Siempre tuve la necesidad de estar acompañada en mis expediciones, porque jamás había tenido las agallas suficientes para adentrarme en un mar de experiencias en solitario.

No había pasado mucho tiempo desde que Santiago, mi hermano mellizo, aventurero y, a la vez, egoísta, había desaparecido tras un ataque en la ciudad de Roma, precisamente en el Panteón de Agripa. Luego de largas investigaciones junto a los peritos, solamente había aparecido su corazón y su cabeza en forma de plato real: su corazón en boca de él.

Este hecho no se explicaba. Ni el por qué, ni el cómo había llegado su corazón a su boca. El hecho era perturbador, nos marcó tanto a mí como a mi familia, sobre todo, a mi padre Héctor. Este último ya había sufrido demasiado con la muerte de mi madre ocurrida en su viaje a España, cuando conoció la Basílica católica de allí. Debido a esto, yo no contaba con él en lo más mínimo. La depresión provocó que se sometiera al abuso total de drogas y alcohol. Era un caso perdido.

Me encontraba en un momento de soledad total en mi vida. En ese momento me sometía a la lucha incesante por la desaparición de mi hermana menor. Me alejé de todo y de todos. Abandoné mi pasión por los viajes y me adentré en lo más profundo de mi corazón, de mi sufrimiento post-pérdida.

Con el pasar de los años me había convertido en una sonámbula empedernida, por el sufrimiento ocurrido y mis pesadillas recurrentes. Cada vez más me encontraba dentro de estas últimas.

Tenía una pesadilla frecuente en la que un híbrido, cuerpo de humano y cabeza de cerdo, me hablaba y me perseguía queriendo tener relaciones sexuales conmigo. Era perturbador, cargado de energía siniestra que me estremecía. Peor aún era cuando sentía la sensación de no poder escapar, de terminar cediendo al extraño. Me asfixiaba al no poder huir, apoderándose el miedo de mi psiquis.

Salí a hacer las compras. Caminaba. Miraba hacia atrás. Frenaba. Volvía a arrancar. Un ruido. ¿Era un pájaro? Sí, seguro lo era.

—No es nada Amber —escuchaba en mi cabeza, y volvían a aparecer los ruidos.

—Es un cerdo —declaré para mí. Continué caminando. Bueno, más bien trotando. No estaba corriendo claramente.

—¿iPor qué voy tan lento!? ¿iQué pasa conmigo!?!—volví a gritar —iDejame sola!

Luego de mis recurrentes episodios de “locura”, como le llamaba mi mejor amiga Mirén, comencé a ir al psicólogo, quien me recomendó que retomara mis viajes de expediciones. Volvería al lugar donde Santiago había desaparecido y así “superaría” su muerte con el apoyo de Mirén y otro amigo más.

Al llegar a Roma nos dirigimos, precisamente, al lugar del supuesto ataque: el Panteón. Las figuras masónicas, la construcción gótica de la misma y el profundo silencio, nos generaban escalofríos. Entramos por la noche, porque no se permitían visitas turísticas por una cuestión de respeto histórico. Pero olvidamos que las peores cosas suceden de noche, dirían los grandes escritores.

Nos adentramos en las profundidades del Panteón. Todo oscuro atravesamos los túneles subterráneos con ayuda del científico Mc´Block. El túnel estaba plagado de antorchas. De repente oímos un ruido: el cierre de una cerradura. Un olor peculiar que olfateábamos cada vez más fuerte a medida que avanzamos. Una sombra recorrió el pasillo. Las antorchas se apagaron de repente. Un frío se apoderó del lugar. Fuertes pisadas se escuchaban. Otro ruido.

Oímos gritos fuertes que me generaron una sensación de soledad absoluta. Las luces se encendieron. Y sí, estaba sola. Realmente sola. Oía más golpes que se sumaban a un olor horrendo a excremento. Corrí lo que más pude en dirección contraria. Alguien me seguía, caminando a paso firme. De repente apareció el híbrido de mis pesadillas frente a mí. Abrió su boca de cerdo y dijo: “Amber, soy tu hermano, no debes temerme”. Y el silencio y la oscuridad se apoderaron del lugar.

El género reflejado en la cotidianidad

Agustina Galian Garbezza

En el curso de ingreso aprendí que el concepto de género no sólo se ve reflejado afuera (o sea, en la vida de los demás), sino que también lo podemos ver en nuestro diario vivir; por

ejemplo en nuestros hogares.

Hoy les voy a contar uno de los muchos debates que generan mis padres en casa. Comenzaré hablando de papá: él cree que la mujer tiene la obligación de criar a los hijos y cumplir con las tareas del hogar (cosa que puede ser cierta o no, depende quién lo mire). También está el punto de vista de mamá: ella dice que trabajar es obligación de papá. Podemos ver reflejado claramente el machismo en estas posiciones y como ambos tienen muy bien definidos sus puntos de vista. Esto no quiere decir que tenga que ser así siempre; debido a que hay hogares donde, estos roles, se dan al revés; por ejemplo, familias donde ambos trabajan, ya sea por agrado o por problemas económicos.

Otro ejemplo, podría ser cuando a la mujer se la denomina débil por llorar, por su textura física o por el simple hecho de ser mujer.

La verdad, estas cosas no las entiendo. Yo considero que ambos sexos tenemos el mismo derecho de hacer y/o elegir qué queremos ser o hacer y qué rol deseamos cumplir en esta sociedad.

La codicia mata

Emiliano García

Todo comenzó un día en las calles sucias y sobrepobladas de Londres, la cual estaba en plena Revolución Industrial, cuando Frank y Elisa encontraron tirado a un recién nacido al costado de un puesto de ventas de alimentos. Ella sin dudarlo levantó al bebé y le rogó a Frank adoptarlo, ya que querían un hermano para su único hijo de sangre, llamado Olivier, y que por los problemas insalubres de la ciudad y de esa época, no habían podido tenerlo. Frank, después de escuchar la petición de su esposa, no dudó un segundo y accedió al pedido de ella.

Sin embargo, había una preocupación por parte de ambos y era que no se llevaban bien por el motivo de que no eran hermanos de la misma sangre. Pero a medida que iban creciendo podían notar la buena relación que estaban entablando Olivier y Jean.

Fue pasando el tiempo y la familia fue creciendo económicamente por la gran cantidad de fábricas que tenían en su poder. Esto permitió que los hermanos pudieran tener una buena educación, una vida llena de lujos y una gran salud.

Luego de haber transcurrido veinte años, el vínculo entre hermanos se empezó a ver afectado, ya que Frank había muerto y la disputa por la herencia rompió totalmente el aprecio de Olivier a Jean y lo empezó a rechazar como su hermano. Esto hizo que Olivier quiera deshacerse de Jean sin dejar rastro alguno de su muerte y que piensen que había fallecido por culpa de alguna enfermedad de la que no se podía curar.

Posteriormente a planear el envenenamiento de su hermano adoptivo, puso en marcha el plan para eliminarlo del camino y, así, poder obtener toda la herencia. Olivier sabía que Jean tomaba whisky antes de dormir, entonces puso el veneno en el vaso que usaba habitualmente, y de esta manera logró que su hermano apareciera a la mañana siguiente sin vida. Olivier pudo quedarse con toda la herencia.

Ataque

Facundo Gómez

Un silencio atroz se desató en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, ni siquiera los profesores sabían qué hacer frente a esta circunstancia. La mayoría nos encontrábamos paralizados y sólo contemplábamos con sorpresa aquella figura que se presentó frente a nosotros.

Su forma era circular, no más grande que un colectivo y con un aspecto poco común. Pasados pocos segundos, unos valientes decidieron acercarse para investigar qué era y del

objeto una compuerta fue abierta. Con la velocidad de un rayo, un disparo fulminó a aquellos que se acercaron.

Los gritos no tardaron en llegar y la Facultad se convirtió en un caos. Con unos compañeros comencé a correr desesperado hacia la escalera principal para escapar. En ese momento, más estallidos se escucharon y ya no sólo caían personas, también lo hacían las paredes del lugar. Un piso completo cedió y cayó sobre las escaleras, las personas en ella quedaron atrapadas. Logré salvarme, entre escombros, cuerpos y sangre. No nos detuvimos ni por un momento para ayudar a otras personas, a pesar de sus pedidos de ayuda desesperados y desgarradores.

A unos pasos de la puerta que daba afuera, una explosión en el tercer piso nos aturdió y nos tiró al suelo. Casi inconsciente me levanté e huí a la calle, fue entonces cuando algo me golpeó la cabeza y me dejó desmayado. No sé cuánto tiempo estuve tirado, mi cuerpo me dolía y el ataque ya no era sólo en la facultad. La Plata entera estaba repleta de explosiones y la gente corría para todos lados.

Incesantemente los disparos se hacían presentes y yo escapaba sin saber qué me atacaba. Me escondí en una casa, cuando vi acercarse a unos seres extraños que hablaban de forma rara, pasaron cerca sin darse cuenta que yo estaba ahí. Eran más altos que un humano y con una textura física que imponía respeto. Esperé unos minutos y volví a correr sin dirección, buscando ayuda.

En las calles sólo se encontraban cadáveres y autos estrellados por todos lados. Frente a mí, cayó un helicóptero de la policía y corrí, lo más rápido que mis piernas me permitieron, cuando éste explotó. Cuando noté aviones de las fuerzas militares, subí a un edificio, me puse en la parte más alta; con señas intenté llamar su atención y un rayo desplomó aquel avión. Muriendo así mis esperanzas de salvarme de ese caos.

Una brigada militar apareció y atacó a una de esas naves circulares, sus ataques fueron en vano, puesto que no afectaron dicho objeto. Esta brigada terminó acabada por uno de esos rayos, que tanto miedo me daban.

Me escondí en un departamento del edificio, en el interior me encontré con una pareja de ancianos asustados. Juntos nos resguardamos en una habitación mientras observábamos por una ventana como la ciudad era destruida.

Sólo pensaba que quería abrazar a mi madre por última vez y dónde había perdido mi celular para intentar comunicarme con ella.

La ciudad se convirtió en un infierno y los pocos que quedamos éramos sus condenados. Las pocas personas que corrían por las calles eran fácilmente atrapadas y asesinadas por nuestros atacantes, no sabíamos nada ellos, sólo que querían destruirnos.

Uno de los ancianos prendió la radio para escuchar qué decían sobre lo que sucedía; cuando logré estabilizar una señal, el programa afirmaba que lo que pasaba en la ciudad era un ataque extraterrestre, que querían nuestra tierra y que debíamos resistir.

Esta resistencia no era posible, nuestras armas ni siquiera afectaban al enemigo y nos vencían con mucha facilidad.

Este ataque era a nivel mundial, por lo tanto, nadie nos iba a ayudar, sólo iban a defender los centros de poder. El edificio en el que me encontraba no aguantó, se sacudió y cayó llevándose todo con él.

¡Si querés ir, estás invitado!

Franco Isola

No hay mucho para decir de cómo fue. Lo que pasó, ya sucedió. Hoy, estoy muerto. Algo te puedo contar de cómo fue, si es que te interesa. Se hizo de noche, yo estaba solo. Dejé de respirar, mi corazón dejó de latir, mi cuerpo se enfrió, mis ojos se cerraron y nunca más volvieron a abrirse.

Sabés que hay algo que me da miedo. Sí. Miedo después de morir. Las personas, ¿van a asistir a mi funeral? Qué molesto debe ser enterarse que un amigo tuyo murió y, si es durante la semana, más todavía. Tenés que faltar al trabajo o dejar de hacer tus cosas para encerrarte en un lugar a llorar. Aclaro de todos modos, que no fue decisión mía morirme. Si hubiera podido elegir, habría optado morir durante el fin de semana, así se les hace más fácil a todos, incluso a mi familia.

Qué suerte que no estoy ahí. Bueno, en realidad, sí estoy, físicamente. No sé quiénes están, ni siquiera cuántas personas hay llorando. Me gustaría saber cómo están mis papás, por si no te dije, me fui yo antes que ellos. No sé cómo están, lo que sí puedo asegurarte es que hay viento fuera de la sala del velatorio, ¿Cómo lo sé? Porque siempre hay viento en Trelew.

Todo será muy aburrido a partir de ahora, nadie me dijo que hacer después de la muerte. Si el cielo existe, no lo sé. Lo puedo afirmar que hice las cosas bien, o por lo menos así fue a mi criterio.

No tengo mucho más para contarte. No hay detalles importantes. Si leíste lo que escribí, debe ser porque te conozco, me conoces o ambas. Si sentís la necesidad de despedirte de mí, voy a estar en un cajón (no yo, sino el cuerpo que usé durante esta vida que terminé). Pasá, saludá a mi mamá, dale un abrazo que seguro lo necesita y si alguien pregunta, decile que te invité a que vayas a mi funeral.

Sociedad machista

María Natalia Laurenza

A vos me dirijo, a vos que como mujer naciste con una etiqueta puesta, la cual te condicionará toda tu vida, debido a que de bebé, nadie iba a dejar que llevaras puesto el color rojo, porque tu color debía ser el rosa, por el resto de tu vida.

Entramos en la niñez. Vas a jugar con cocinitas, con muñecos bebotes para aprender a ser ama de casa y una madre ejemplar. Vas a usar pinturitas y a jugar con barbies, porque los camioncitos y el barro pertenecen a los nenes.

Vos, niña, te vas a convertir en una mujer. Te vas a tener que casar para atender a tu marido; planchándole la ropa, haciéndole la comida y teniendo hijos con él, de los cuales vos vas a hacerte cargo, especialmente de sus cuidados.

Obvio que también vas a tener que arreglarte para él y tener el cuerpo ideal ¡Y que ni se te ocurra llorar! No importa el día que tengas, siempre lo vas a tener que complacer, sino, por culpa tuya se va a poner mal, te va a decir que nunca lo entendés... Pero ¿Quién te entiende a vos?

Pasaste toda tu adolescencia siendo acosada, discriminada por tus compañeros y compañeras de la escuela. Todo por ser diferente a lo que ellos consideraban aceptable para la sociedad.

Te tuviste que refugiar en tu mundo, porque tu mamá estaba atrapada en el machismo también, el cual viene desde hace siglos. Dentro de éste, la mujer le sirve al hombre y debe mantenerse siempre sumisa y no tiene libertad de expresión. Tu papá, que quizás trató de entenderte, segundos después te mandó a lavar los platos, mientras él iba a seguir mirando televisión cómodamente con tu hermano.

A vos mujer, me dirijo y te pido que reflexiones, que veas la realidad. No te ciegues, no sientas que no tenés derecho a hablar u opinar. Vos sos libre, podés decir y hacer lo que quieras, porque no le pertenecés a nadie, sólo a vos misma. Vestite como quieras, andá arreglada o desalineada. Enamorate de quien te atraiga, sea para la sociedad algo inaceptable o no, porque en el amor no existen diferencias ni géneros.

No dejes que te digan que para lo único que servís es para lavar los platos. Sos más que eso, sos la que trae vida al mundo, la que a través de luchas consiguió derechos que no tenía. Es

por eso que “no te quiero ni sumisa ni devota. Te quiero libre, linda y loca”.

Mi miedo

Juan Simón López Corona

Se escucha una persecución a pie sobre el barro bajo la lluvia.

—Hola 911, solicito ayuda en este instante, estoy siendo perseguido y me quieren matar

—dice la víctima en cuestión.

—Bueno señor, dígame, ¿dónde está ubicado? Así enviamos refuerzos —pregunta el hombre del 911.

Luego de que dicho empleado responde, queda solamente el silencio y el teléfono sonando, en el que se escucha: “¿Señor? Hola Señor, ¿sigue ahí?”

—Casi te escapás—dice el perseguidor teniendo a la víctima a su merced.

—¿Qué querés de mí?—indaga la víctima, ya consciente e inmovilizada.

—Jugar con vos, divertirme con la mente humana.

—¿Sos psicópata o algo por el estilo?

—Soy lo que la sociedad plantea como raro, sólo por ser distinto, por divertirme de una forma distinta a la tuya.

—Entonces, ¿en qué se basaría tu divertimento de hoy?

—En base a mis investigaciones sobre vos, noté que sos perfecto para mi experimento de hasta dónde puede llegar una mente por miedo.

Se prenden las luces y el muchacho está atado a una camilla. El psicópata está totalmente cubierto de manera que no se lo puede reconocer. Frente a la víctima hay una urna gigante transparente con una gran víbora. Además la urna tiene una ranura donde encaja la camilla.

—¡Pará! ¡Pará! ¿Qué pensás hacerme? Alejá eso de mí—grita el chico muy exaltado.

—Ya te dije, no te exaltes, es sólo un juego. Tenés que permanecer una hora con el ofidio. Si no lo lográs, te corto el meñique de tu mano derecha.

El psicópata lo amordaza y lo introduce. La pobre víctima no llega al minuto que con gestos pide que lo saquen.

—Yo te dije las condiciones—en el acto le corta el dedo.

El joven no hace más que gritar y maldecir.

—Ahora te voy a introducir con diez víboras, si me pedís salir, me quedo con tu vida.

—¡No! ¡Pará! ¡Pará!

—¡Hijo! ¿Qué te pasa? Despertá—la madre lo despierta al oír gritos.

Todo era un sueño.

—¡Uf! No sabés la horrible pesadilla que tuve, ma—exclamó después de un gran suspiro.

Encerrados

Guillermo López

Son las tres menos diez de la tarde. Siento calor en la espalda, dolor en la cabeza y detrás de los ojos. Hace días que no me siento bien. Dudé en venir hoy a la Facultad, creo que no tendría que haberlo hecho.

Estoy en el aula anfiteatrada, una de las más grandes del edificio. Somos más de doscientas personas amontonadas como animales, casi como las vacas cuando las llevan al matadero.

Se preguntarán por qué estamos así. Sonará raro y descabellado, pero hace aproximadamente dos horas una nave gris, de tamaño monumental, aterrizó a unas cuadras de aquí. Al instante las luces se apagaron.

Lo único que nos queda para saber lo que ocurre, es una radio vieja que encontró uno de

los profesores en un escritorio. Las ventanas están tapadas, no podemos ver nada. Sólo se escuchan gritos, disparos y el llanto de una niña que llegó acá gracias a una oficial de policía.

—¡Oh Dios mío! ¡Son gigantes!— dijo el cronista de la radio.

El suelo comenzó a temblar, al igual que las paredes. Parecía que todo el lugar se iba aderrumbar. De repente se escuchan helicópteros. Parece que va a comenzar un bombardeo.

—Las fuerzas armadas están llegando y se preparan para el combate— mencionó el cronista emocionado.

Llegó otro temblor, esta vez más fuerte.

—¡Quédense tranquilos!—dijo la oficial de policía.

De un momento a otro, todo está muy tranquilo. Voy a salir.

Esto es algo impresionante, muchos edificios están caídos. La Facultad no sólo tembló, sino que se destruyó la mitad y hay muchos vehículos dados vuelta.

Los soldados celebran, es decir, que esas naves alienígenas abandonaron la batalla. Los ahuyentamos. Pero si sólo algunas naves hicieron todo este desastre, quiere decir que volverán.

Relato salvaje

Federico Lorenzo Gravano

Todo comenzó en aquel viaje con la primera del club de fútbol Los Cuervos del Fin del Mundo -de la ciudad de Ushuaia-, a 100 kilómetros de llegar a Mar del Plata, cuando el micro volcó en el camino de tierra que nos trasladaba.

Y aquí me encuentro ahora, solo, en un lugar chico, oscuro, frío y tenebroso. Todo me parece raro, no siento ni escucho a nadie cerca. Hay mucho silencio dentro y fuera de este cajón. Sé que dentro de algunas horas es mi velorio y espero con ansias que esté la gente que tanto quiero y no los que sólo vendrían por compromiso.

Vuelvo a ese viaje, a esa tragedia que nos costó la vida a todos los chicos, médicos y auxiliares del club. En ese momento, sólo veía como gente desconocida llevaba nuestros cuerpos como si fuesen unos muñecos de juguete, como si nuestras vidas ya no valieran nada.

Mientras tanto, hoy 14 de mayo, escucho como, de a poco, llegan parientes, amigos al lugar del velorio; al oír a toda esa gente que quiero, todo empieza a cambiar. El espacio se siente más cálido y, al parecer, no es tan malo estar aquí adentro. Luego de varios minutos llega la hora de que trasladen mi cajón al cementerio; eso sí que no suena nada bien, pero me deja tranquilo y en paz saber que está la gente que quiero.

Al parecer, me equivoqué. El cementerio no está para nada mal. No hay guerras, nadie mata o hiere y, por sobre todo, hay mucha paz. La gente que quiero me visita seguido, aunque a nadie le gustaría estar muerto y enterrado como yo. Les digo que a todos, de alguna u otra forma, les llega y, por eso, disfruten la vida con una sonrisa como yo lo hago desde aquí.

En el lecho de mi muerte

Jaime Luberriaga

Aquel 17 de octubre, cuando varias personas se enteraron por las necrológicas del periódico de mi pueblo, que 7:35 de la mañana había muerto Jaime Luberriaga, la gente sorprendida llegaba a la sala velatoria de la cooperativa eléctrica de El Triunfo. Algunos

compungidos, otros llorando y otros se acercaban a chusmear. Ahí estaba yo, acostado en ese cajón incómodo, seguramente lleno de flores y coronas, porque percibía el olor a cementerio que avanzaba por mi cuerpo.

También escuchaba el murmullo de la gente diciendo: “este es el sobrino de tal”, “viste que fulano se separó y ahora se va a casar con mengano”, “el que está mal es Rodolfo”. Parece que van a los velatorios para conocerse y ponerse al día de lo que pasa en el pueblo.

Hacía mucho calor, pero yo estaba tan frío, como si me hubieran puesto en el refrigerador antes de llevarme a la sala velatoria. Entre tantos murmullos escuché la voz de mi hija y la de mi hijo que entre falsos llantos decían “el auto es mío”.

Otra de las cosas por las cuales odio los funerales, es porque ya no hay respeto ni por el difunto, comienzan a repartirse toda la herencia antes de terminar con la despedida. Lo peor será cuando se enteren que días antes de morir firmé para que todos mis bienes sean destinados a una ONG.

Llegó el momento en que me sacan, siento esa tapa sobre mi cuerpo que arruga mi nariz, el cajón de a poco se empieza a elevar y siento el temblequeo de la gente que sin fuerza agarra de las manijas.

Se apoya mi cajón en el cortejo fúnebre y éste comienza a avanzar, con el sonido de la campana de la iglesia.

Todo se pone cada vez más oscuro hasta que no siento más...

La infancia te marca

Ezequiel Melía

En el lugar más pútrido de París. Debajo de un almacén donde se vendían mariscos y la suciedad predominaba. Ahí, en esas condiciones, nació Jean Baptiste Genoullie. Era el quinto hijo de la vendedora, pero el primero en sobrevivir. De hecho, un llanto alentó a la gente cercana y ocasionó que su madre fuera enviada a la horca por intentar asesinarlo. Así, con menos de media hora de vida, Jean ya había provocado una muerte.

Jamás hallaron a su padre por lo que fue enviado a un orfanato donde no le faltó comida ni comodidad, aunque no se puede decir que los encargados fueran muy cariñosos. Allí, vivió hasta los tres años, cuando ocurrió la desgracia. Jean era un niño muy tranquilo que disfrutaba de hacer reír a los demás. Un día, mientras cenaban, realizó uno de sus típicos chistes que siempre hacían morir de risa a sus compañeros. Esta vez fue literal: uno de ellos acababa de llevarse un bocado a la boca y se atraganto. Cuando quisieron atenderlo ya era tarde.

Lo dejaron en la calle para que se manejara por su cuenta. El pobre niño estuvo dos días vagando hasta que llegó a una parroquia donde se hicieron cargo de él. El párroco lo educó como a su hijo, le enseñó a leer, escribir y, por supuesto, lo introdujo en la religión. A los once años contrajo gripe, pero era un joven fuerte y sano así que lo superó sin inconvenientes. El padre, en cambio, ya era muy anciano y no soportó la enfermedad que Jean le contagió debido a los cuidados constantes que le propiciaba. Desconsolado, éste huyó y jamás regresó.

No se estableció en ningún lugar por más de un par de días. Allí donde iba, solo llevaba la desgracia. A los 13 consiguió su primer trabajo en un local de armas y mató a un cliente mientras limpiaba un revólver.

Así fue toda su adolescencia, tarde o temprano ocasionaba una muerte relacionada a su trabajo. De todos modos, su condición de nómada le hizo conocer muchas culturas y poder ahorrar para el futuro. En uno de sus viajes conoció a una joven que se convirtió en su esposa, con la cual tuvo cinco hijos.

Finalmente, su vida cambiaba rotundamente, se encontraba en una estabilidad tanto económica como emocional. Vivían todos en una casa suficientemente grande para

albergarlos cómodamente, y la pareja trabajaba a cambio de un buen sueldo. Pero malos tiempos acechaban y se complementaron con malos negocios que le generaron un duro estado de locura a Jean, llevándolo a la extrema decisión de suicidarse arrojándose al río.

La esposa no podía soportarlo. Cayó en depresión por la tristeza y la angustia de quedarse sola al cuidado de los niños y también murió. Así, desde el otro lado, Jean Baptiste Genoullie se llevó otra vida.

Aprovechar el momento

Facundo Mercado

Mi vida transcurría como la de un adolescente normal, vivía en mi casa, en la ciudad de Rauch y asistía al Instituto Secundario Nacional.

Ya perdí la noción del tiempo desde ese trágico día. En mi cabeza, memoricé el número 1015. Ahora no sé lo que soy ¿Dónde estoy? Tampoco lo sé.

Hacía deportes, comía saludable, no fumaba, no bebía, ni ingería sustancias tóxicas. Aún no encuentro motivo a lo que pasó esa noche.

Era invierno, llegué a mi casa, me saqué el gorro de lana, la bufanda y la campera. Me bañé, cené con mi familia como cualquier día normal. No sentí nada extraño, ningún cambio, ni dolor.

Me acosté en mi habitación, en la parte superior de la cucheta. Miré un rato televisión, hasta que llegaron mis hermanos y decidieron cambiar de canal. Seguí usando por un rato mi celular y luego me dormí. Repito, no sentí ningún cambio, nada. Ni la más mínima diferencia. Pero a partir de allí, todo cambió.

Como nunca recuerdo lo que soñé, me pareció que mi sueño era muy largo. Comencé a escuchar llantos, algo me sacudía, yo no podía reaccionar. No podía moverme, menos abrir los ojos.

Los llantos y gritos se multiplicaron. Estaba cada vez más confundido ¿Qué pasaba? ¿Quién era yo? ¿Seguía siendo yo? Me movían, algo me llevaba. Me subieron a un vehículo, pero yo seguía en el mismo estado.

En el lugar al que me llevaron sentí mucho frío. Otra vez me encontraba en posición horizontal. Sentí un olor raro que no me parecía familiar. Quise tratar de descifrar a través de mis manos sobre qué estaba acostado, pero no pude. En la boca, aprecié un gusto feo, algo pegajoso. Nuevamente, intenté abrir los ojos, tampoco lo conseguí. No sabía qué era, me repetí la pregunta: ¿Era yo?

Sentí llantos y presencias a mi alrededor. Todo era cada vez más confuso.

Otra vez me trasladaron. Recuerdo haber oído un ruido fuerte. Algo me tapó ¿Yo era eso que sentía en ese momento? El olor se volvió mucho más denso.

A medida que pasaba el tiempo, más incertidumbre sentía. De repente dejé de percibir ruidos.

Hoy, 1015 días después, sigo de la misma forma, sin saber lo que soy, ni lo que pasó esa noche de invierno. Lamento los momentos en los que no aproveché estar vivo.

Hoy, recuerdo y repaso los lindos instantes de mi vida. Esa noche no me despedí de mi familia, ya no había oportunidad de hacerlo, y algo dentro mío duele, y muy fuerte.

El viaje que no volvería a hacer

Juan Bautista Olivero

Si tengo que hablar del viaje que no volvería a hacer, que la pasé realmente mal, fue, sin duda, el viaje a la ciudad de Pinamar con mi papá y su perro.

Salimos de casa un sábado a la madrugada. Yo con muchísimo sueño y mi papá con muchas ganas de hablar. Fuimos en plenas vacaciones de invierno con demasiado frío. El viaje duró una semana y sinceramente no hay mucho que contar.

Nos despertábamos alrededor de las nueve de la mañana e íbamos a la playa con el perro hasta, aproximadamente, las doce del mediodía, cuando volvíamos al departamento a almorzar. En la playa estábamos siempre caminando, con mucho frío, y desayunábamos en algún balneario. Después de almorzar, mi papá se iba a descansar hasta la tarde, y yo solía quedarme mirando alguna serie o hablando con mi novia por *Whatsapp* en la cama.

Me había puesto de novio hacía muy poco e irme una semana a la costa a aburrirme todo el día, fue algo de lo que después me arrepentí mucho, porque en esa semana podría haberla visto a ella.

Por la noche habitualmente cocinábamos y después de cenar, nos acostábamos, aunque yo no me dormía tan fácilmente por los ruidos que había en ese edificio.

No hubo, en ningún momento, algo que me haya entretenido, ni que la haya pasado bien, por eso digo que nunca volvería a hacer ese viaje.

Para sumarle cosas malas, cuando volvíamos a La Plata por la ruta once, que mi papá suele elegir al momento de ir a la costa, pasó por encima de un pozo y reventó una cubierta. Estuvimos aproximadamente unas cuatro horas esperando que venga la grúa hasta que vino y pudimos volver a emprender la vuelta. Después de ocho horas de haber salido de Pinamar, llegamos a casa y ahí fue cuando le dije a mi papá: “nunca la pase tan mal”.

Irrracionalmente común

Victoria Pascual

Es muy común entre la gente, aún más entre la gente de ciudad, cargar con miedo irracional, tenerle miedo a lo desconocido, a lo inusual, a lo que desencaja en la imagen que han construido a lo largo de sus vidas. Lo gracioso de esto es, justamente, la irracionalidad de cuyo miedo; tenerle miedo, pavor, asco a algo que simplemente existe, que está ahí. Por ejemplo, que un pequeño animal cause tantos espasmos, sudor frío, entre otras sensaciones.

A partir de esto, cuento mi experiencia, tanto por su propia curiosidad de saber el porqué de mi aporte o por simple interés en qué pasó. Téngase en cuenta la exageración del relato, porque sucedió a mis 12 años.

Resulta que me encontraba en la casa de campo de una familia amiga, en las afueras de la ciudad. Era bonita, bien podría decirse que fue construida a principios del siglo pasado. Tenía dos plantas, un extenso jardín en el cual había, casi al final, rozando el terreno, un pequeño y cutre galpón. En esta habitación estaban los señores de la casa, los tres hijos, Juan Pedro, David y Julián, dos criadas y el cocinero. Conforme transcurría el día, más me aburría y más mi madre me retenía bajo su vigilancia, hasta que en un momento de descuido, decidí explorar el lugar. Después de subir, bajar, comer, saltar y meter mi pequeña nariz en los armarios llenos de abrigos caros y polvosos, descubrí una pequeña puerta en el techo de un pasillo de la segunda planta.

Junté el coraje necesario que una niña de mi edad debe tener para meterse en un lugar oscuro y tenebroso pegado al techo. Tiré de la delgada cuerda que colgaba y una escalera me permitió llegar hasta arriba. Era un pequeño cuarto lleno de polvo y telas de arañas. Al verlas, volví hacia atrás buscando la salida. No estaba, se había cerrado la puertecita. Comencé a temblar, sabía lo que venía. El hecho de enfrentarme a una araña me daba picor.

Imagínense si estuvieran en mi situación: sola, asustada y encerrada en un cuarto lleno de arañas. No me moví, ellas tampoco. No lloré ni hice ningún movimiento, de lo contrario vendrían por mí. Me quedé mirando sus brillantes ojos, memorizándolas una por una.

Luego de un interminable calvario, mis padres notaron mi ausencia y fueron a mi rescate. Papá me sacó de ahí dura y asustada. No podía olvidarme de los ojos de las arañas, del tenebroso "nos veremos pronto" que me transmitían.

Años después, afirmo que nadie puede saber el porqué de esos miedos irracionales, pero sí podemos afirmar, que de estos nadie se salva.

Por una perspectiva de género que cambie nuestras lógicas cotidianas

Santiago Pereira

Durante el curso de ingreso de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social estuvimos tratando una perspectiva de género de manera transversal, o al menos eso se intentó.

Particularmente en mi cursada, se trató de abordar en diferentes situaciones y se pensaron clases para tratar la problemática. Sin embargo, fueron pocas las herramientas que se nos dieron para el debate y, de la misma manera, fueron pocos los recursos de los y las docentes para discutir, debatir y transformar los sentidos comunes asociados al género.

Tampoco se estuvo hablando de cómo el machismo se reproduce en el discurso, al menos estar debatiendo sobre el uso de universales y generolectos masculinos.

Así fue como en las clases, los debates no llegaban a profundizar lo suficiente como para dimensionar su importancia; dejando muchas veces las discusiones de género como sólo una cuestión de puntos de vista.

Así y todo, creo que es una apuesta muy positiva por parte de la facultad ya que simbólicamente, tuvo un efecto que, acompañado por la agenda del movimiento feminista, pone estas luchas sobre la mesa y abre debates muy ricos que podrían ser profundizados con una formación en género más completa.

Finalmente, considero que la temática fue muy acertada y espero que se siga trabajando en los próximos cursos de ingreso, así como en toda la carrera. De todos modos, cuando se trata de desandar los sentidos comunes que el patriarcado nos impone, tenemos que tomar muy seriamente la problemática. Informarnos y formarnos en género, pero también deformarnos y reconstruirnos lo más que podamos, sobretodo sabiendo que, aunque no queramos, nuestras condiciones de docentes y educadores nos legitiman, haciendo que todo lo que reproduzcamos tenga un efecto mucho mayor en nuestros compañeros y compañeras.

Se va a caer

Antonella Ponzio

En el curso de ingreso del ciclo 2017, trabajamos con muchas problemáticas actuales, pero puntualmente la violencia de género. Gracias a ese abordaje de la temática, sumé muchos conocimientos y logré realizar muchas reflexiones.

Hoy en día se escucha mucho la palabra machismo y con el peso negativo de la palabra. Este concepto nace a raíz de la lucha de las mujeres contra un tipo, o más bien, estilo de sociedad que existió y existe con más o menos intensidad en diferentes países. Esta se denomina patriarcado. Es una organización social en la que la autoridad la tiene el varón: "El jefe de la familia".

Los cuestionamientos a esta sociedad fueron impulsados por las feministas en los años sesenta, dando cuenta de las diferentes formas de opresión y dominación que sufrían las mujeres por situación desigual de derechos. Hoy en día, lamentablemente, siguen sometidas a estas cuestiones.

La sociedad estigmatiza al hombre y a la mujer. Crea en el imaginario colectivo la idea de

un género binario, que determina cómo debe actuar y ser el hombre (dominante) y deja a la mujer aquello que el varón no es (dominada). Existen normas socialmente aceptadas por el machismo que las legitiman. El hombre es “el fuerte”, “el macho”, el que toma las decisiones. La mujer es “la débil”, “la femenina”, “la dulce”. Ambos deben ser héteros y cumplir con sus roles; de lo contrario serán mal vistos y no aceptados por no decir, discriminados.

Las feministas del mundo comenzaron hace ya mucho tiempo una pelea. Se movilizan año a año en busca de los derechos del género femenino, para que ya no se las cosifique, para que ya no se las oprima.

Esas son las mujeres que luchan, mujeres bonitas que no callan, que gritan, que resisten. Resisten por miles de compañeras que sufren o sufrieron violencia de género, que temen por sus vidas porque no sólo tienen un violento que las golpea, sino que sufren el golpe de una sociedad puta que las castiga, que las ignora, que las calla. Que les dice putas por hacer lo mismo que hace un hombre, que les dice locas por manifestarse, que les dice nazis por enojarse.

El patriarcado pretende que hagan silencio, que sean dulces y pacíficas, mientras las golpean, violan, secuestran, matan. ¡Abajo el patriarcado! Se va a caer, se va a caer.

A la memoria del muerto

Juan Sebastián Rodríguez Izquierdo

Allí estaba, tendido en el suelo, en medio de un tumulto de gente. La camisa blanca resaltaba el rojo de su sangre; sangre que ahora se unía a ese gran torrente, a ese flegotente (1) alimentado por la violencia humana.

Con el tiempo la escena se llenó de más gente. De repente, llegó su hijo corriendo. Quería verificar lo que ya se decía por todos los medios: le dispararon a Juan Rodríguez.

Juan aún agonizaba en el suelo, movía lentamente sus ojos. Su hijo, lleno de esperanza, gritaba pidiendo una ambulancia. Pero él sabía que ya era tarde, el momento había llegado, como no quería, pero lo imaginaba.

Ahora se preguntaba si sobreviviría en la memoria de la gente o si simplemente terminaría en la crónica roja como “Los Nadies” de Galeano.

Había vivido plenamente y esto lo sabía. Disfrutó lo más que pudo y se esforzó por alcanzar metas superiores al solo goce de la vida. Ahora, como si fuera un personaje más del Infierno de Dante, no quería morir en la memoria.

Sus ojos, que ya se empezaban a cerrar, lograron ver como salían lágrimas de los de su hijo. Entonces de su boca salió de manera entrecortada y con mucho esfuerzo, un: “tranquilo, sé feliz”.

No quería llantos, pues, como diría Lorca, “la muerte hay que mirarla cara a cara”. Por eso esperaba profundamente que se cumpliera su deseo y que hiciera una fiesta en vez de un tradicional velorio. “Que traigan mucho aguardiente y que todos bailen contentos; a la memoria del muerto” (2), como dice su canción preferida.

Materialmente no le heredaba mucho a su hijo, y estaba feliz de esto, pues lo más valioso que le dejaba eran sus esperanzas. Lo entristecía el hecho de que sus padres lo vieran así, ya que siempre pensó que un padre no tenía que ver morir a su hijo.

Ya era hora, Tánatos ya lo esperaba y el frío ya se empezaba a apoderar de su cuerpo. Su hijo, como si leyera su pensamiento, empezó a tararear aquella canción de salsa que tanto le gustaba a su admirado Jaime Garzón. Al oírlo entre sirenas, voces y llantos, en el rostro de Juan se dibujó una leve sonrisa. Este era su adiós.

(1) En la mitología griega, es un río de fuego que corre por el Hades.

(2) Fruko y sus Tesos (1999). “A la memoria del muerto”.

La mirada

Erika Sánchez

Todas las mañanas se despertaba cansada. Habían pasado meses desde la última vez que pudo dormir relajada y durante más de cuatro horas.

Aquel lunes por la noche, cuando descubrió la mirada a través de la ventana, no durmió. Sentir que alguien la observaba hacía que se paralice de terror. Ahora era algo habitual levantarse exhausta, ya que sólo se dormía al amanecer cuando dejaba de sentirse observada, intimidada, violada.

Poco a poco, había abandonado las tareas que realizaba en la habitación: ya no se cambiaba, ni leía, y evitaba tener las luces encendidas, como si eso la mantuviese oculta. No le gustaba estar sola ante la mirada permanente, pero tampoco tenía a quien pedirle ayuda.

Esa mirada se sentía cada vez más cercana, cada día más íntima e incómoda. A cada paso que daba la acompañaba esa sensación, como si supiera cuál iba a ser su siguiente movimiento, incluso antes que ella. Tenía escalofríos constantemente, los nervios la estaban consumiendo.

Con el paso de los días iba abandonando sus actividades cotidianas en todos los sitios se sentía acorralada. Ya no quería salir, pero tampoco estar en su casa. El único lugar en el que se sentía segura, era la biblioteca del barrio, por lo cual comenzó a pasar gran cantidad de tiempo allí, hasta que la mirada y el terror también la alcanzaron a ese sitio.

Estaba paranoica, agotada, harta de la situación. No quería encerrarse más en el baño, no quería estar buscando todo el tiempo la manera de ocultarse. Extrañaba sentirse cómoda en su habitación, ser la joven activa que había dejado atrás culpa de aquella mirada siniestra.

Decidida, esa noche se preparó para enfrentar su mayor miedo. Esperó y esperó hasta sentir nuevamente esa sensación. Una vez que pudo saber con certeza que la estaba mirando, se acercó a la ventana y pudo encontrar aquellos ojos que la veían, pero eso la dejó aún más helada y atemorizaba.

Esos ojos, esa cara, esa mirada constante provenían de ella. Ella misma mirándose a través de su ventana.

Mi sueño hecho realidad

Agustina Secchi

Contaba los días para el gran viaje, la gran experiencia que viviría. Estaba tan ansiosa que la espera se me hacía eterna. El famoso y tan esperado día era el 24 de febrero del 2012, el día que emprendía mi viaje a Disney como quinceañera.

El pre-viaje fue abrumador, pero a la vez lindo. Los preparativos me generaban ansiedad, hasta lo más mínimo, como comprar cosas de higiene personal o una valija en la que me entrara todo, porque realmente me quería llevar todo.

Creo que mi familia estaba más nerviosa que yo. Mi papá no veía la hora de que su princesa cumpliera su sueño. Mis abuelos se habían puesto un poco paranoicos, preocupándose por mi seguridad, ya que me iba a otro país completamente extraño.

Después de tanta espera, por fin había llegado el momento. La mezcla de emociones que tenía en ese momento era inexplicable. Sumándole a eso que mi madre me volvía loca con que no me olvide el pasaporte, la visa y todo el papelerío. Pero ya estaba ahí, a un paso de subir al colectivo, y con toda mi familia, que un poco más se subía conmigo.

Escuché mi nombre y subí. En el transcurso de San Pedro a Ezeiza, estábamos todas eufóricas, porque obvio no viajaba sola, sino con cincuenta y seis compañeras que tenían la

misma ilusión que yo.

Era la primera vez que viajaba en avión. Estaba muy nerviosa, pero nos había llegado la hora y estábamos a punto de despegar. Era de noche y fue hermoso mirar por la ventanilla todo el viaje.

Al día siguiente estábamos en Miami, y desde allí tomamos otro colectivo hasta Orlando.

Cuando vimos el cartel que decía "Bienvenidos a Disney", el colectivo se transformó en una cancha de fútbol con la tribuna a los gritos y alentando.

Llegamos al hotel y nos dieron un par de indicaciones sobre las habitaciones y los horarios, e inmediatamente nos fuimos a los dormitorios. Dejamos el equipaje y fuimos a recorrer el edificio. Era todo con la temática de Disney y de gran dimensión. Tan hermoso y real que nos sentimos como princesas en su castillo. Sólo nos faltaba el príncipe azul.

Después de un rato largo de recorrer todo de punta a punta, terminamos el día gozando de la pileta climatizada y con un show de luces y animación, junto con tragos y comida.

Ese fue sólo el primer día de la gran experiencia que había esperado durante mucho tiempo. Fui muy feliz y lo disfruté desde el primer segundo.

¿Hasta cuándo?

Agustina Villarreal

En el curso de ingreso, la temática que se trató fue género. Allí trabajamos muchos temas como el machismo, el patriarcado, pero en lo que hicimos más hincapié fue en la violencia de género. Este es un tipo de violencia física o también psicológica que se ejerce contra la mujer.

El patriarcado para los que no saben, tiene un sentido literal que significa "gobierno de los padres". La familia, claro está, es una de las instituciones básicas de este orden social.

Dentro de todo este machismo en el que vivimos constantemente, en el curso también se trató la cosificación a la mujer, esto significa hacer uso de ella o de su imagen sólo con la finalidad de hacer que no la dignifiquen como mujer ni cómo ser humano. En la forma más frecuente que se cosifica a la mujer es en la sexual, acá se la convierte en un objeto a disposición del hombre. Los ejemplos más claros se dan en los anuncios impresos y televisivos.

En la sociedad machista que vivimos se dice que la mujer es el sexo débil, en cambio, cuando hablamos de "supremacía o fuerza" se señala automáticamente al sexo masculino. Participé de muchas marchas, entre ellas las de Ni una menos, porque lo que quiero y busco es la igualdad, estoy cansada de que nos maten, cansada también de salir a la calle con miedo. Últimamente, es abrir las redes sociales y ver que no paran de secuestrar a chicas, porque si no es por las redes en la televisión te enterás de la mitad y encima lo toman como si fuese un tema más. Ya estamos cansadas de todo esto, me pregunto ¿hasta cuándo vamos a seguir así? ¿Hasta cuándo nos van a seguir matando?